



Por una ética social del cuidado (*No se salva quien es abandonado*)

Vivimos por estos días muchos males en el orden global y comunitario, pero si hay uno que debe concitarnos la mayor atención es la enfermedad mortal de la drogadicción y el alcohol que amenaza, afecta y/o destruye la vida de jóvenes y niños de nuestras sociedades, convirtiéndolos en seres despreciables para muchos, inútiles o minusválidos, lacras sociales, expuestos a la muerte -o muerte en vida que es peor- y a la delincuencia temprana. Pero sus historias no pueden ser para nosotros mero dato estadístico, mero problema social lejano, porque detrás del dato hay un rostro enajenado y una familia destrozada. Como han sabido expresar los sacerdotes de las villas de emergencia de la ciudad de Buenos Aires empapados de su experiencia diaria: "La destrucción pasó como un ciclón por las familias, donde la mamá perdió hasta la plancha porque su hijo la vendió para comprar droga. Estas familias deambularon por distintas oficinas del Estado sin encontrar demasiadas soluciones año a año. Toda la familia queda golpeada porque su hijo está todo el día en la calle consumiendo. Asombra ver cómo ese niño que fue al catecismo, que jugaba muy bien en el fútbol dominguero, hoy 'está perdido'. Causa un profundo dolor ver que esa niña que iba a la escuela hoy se prostituye para fumar 'paco'"¹.

Lo que como sociedad no terminamos de comprender -y no creo equivocarme al generalizar esta realidad que ensombrece la cotidianeidad de las grandes urbes del planeta- es que estas personas, que son ya el futuro de la humanidad, están bajo nuestra responsabilidad de adultos, y por ende, siendo la persona comunidad, sus vidas mismas dependen de una respuesta ética y política urgente de parte de la sociedad en su conjunto. Por supuesto que antes de la respuesta política, está la respuesta

personal que parte de un compromiso cordial con el otro, porque *no se salva quien es abandonado*, como no se cura quien no es auxiliado prontamente por el médico. Y para eso no basta con estar 'al lado' del enfermo cuando ya su estado es terminal, hay que estar con él acompañando su crecimiento en salud y su personalización arraigada en la virtud con plena conciencia de ello, desde una actitud y un hábito intrínsecamente humanos que solemos descuidar, en lo personal y en lo comunitario: *el cuidado*. Incluso las madres, las que en su natural feminidad tienden a dar mayor atención y contención a los hijos, se encuentran con las manos atadas ante las circunstancias que las desbordan -no saben qué hacer- aunque su corazón esté listo para derramarse. A muchas les falta el acompañamiento y la reciprocidad de su familia, primero, y de su pequeña comunidad barrial y política, después, para que su cuidado amoroso opere la sanación que puede y debe.

Pero estamos lejos de pensar que el cuidado sea un mandato privativo de la mujer, pues el varón está igualmente convocado a brindar cuidado y protección, aunque su modo sea diverso al femenino. La persona, varón y mujer, en su constitución íntima es un ser que necesita del cuidado y que a su vez se prepara para brindar cuidado. Es un 'vocativo' que necesita de un 'genitivo'². ¿No es esto una consecuencia fundamental del amor, el compromiso y la responsabilidad con que el personalismo describe la realidad personal? ¿No es esto lo que reclama nuestra juventud aún ignorando nuestros discursos: que nos ocupemos un poco de ellos, que hagamos operante el amor? Hasta tal punto llega el desentenderse del otro -la ceguera ante la persona, diría Mounier- que hoy se insiste en la despenalización del consumo de drogas como 'vía legal de solución al problema', cuando así los únicos que duplicarían sus pingües, corruptas y homicidas ganancias serían los narcotraficantes y quienes los apañan. El círculo pobreza-adicción- violencia-criminalidad se potencia a sí mismo si no construimos entre todos una *ética social del cuidado*, que no sólo se escriba, que se respire, que se palpe, que arroje por insano e inmoral todo lo que atente contra la persona, con más cuidado y esmero todavía si ella está en pleno crecimiento. ¿Podemos negarnos a esta opción luego de oír esto? "Cuando un cura se acerca y saluda a los chicos y chicas que están en los pasillos de consumo, en esos lugares de

1 Vid. "Salvarlos del flagelo de la droga", en la Sección Testimonios de la presente edición de la Revista Persona, p. 7.

2 Vid. Díaz, C.: *Soy amado luego existo*. Ed. DDB, Bilbao 1999, Vol. I, Yo y tú, pp. 112-114.

tristeza y desesperación, recibe generalmente preguntas y pedidos de este tipo: '¿Dios, a mí, me ama?' '¿Me voy para arriba o para abajo?' 'Padre, ¿me da la bendición de Dios?' '¿No me ayuda a salir de este lugar?, no aguanto más esta vida...'³

En verdad, las actuales 'éticas del cuidado'⁴ no vienen a decir nada nuevo, nada en lo esencial. Sólo vienen a corroborar esta inferencia fundamental: *si la esencia de la persona radica en el amor, el cuidado es su conducta debida*. Con lo cual actualizan y vigorizan un aspecto aletargado de la conciencia ética de la humanidad cuyo 'deber ser' no puede soslayar el cuidado como práctica humana elemental. Para ser justos con la historia, habría que decir que la universalidad e importancia del cuidado no conllevan novedad en tanto mandato y práctica gestados en la espiritualidad occidental -cuyos primeros siglos de existencia no estaban divorciados de la filosofía-, habiéndose desarrollado a la par por varones y mujeres desde la Grecia antigua. Allí la voz de Sócrates, atenta a la realidad, interpelaba a los jóvenes en la calle diciéndoles: "Es preciso que se ocupen de sí mismos"⁵.

Pero ellos no podían hacerlo enteramente por sí mismos, como nuestros niños y jóvenes en la actualidad: *no se salva quien es abandonado*. Por eso el 'cuidado de sí', la inquietud o preocupación de sí -la famosa *epimeleia heautou* de los griegos, luego convertida a la *cura sui* de los medievales y a la moderna *sorge* heideggeriana- se extendió por la impronta cristiana al personalista 'cuidado del otro' que introdujo sutilmente el mandamiento del amor en las prácticas éticas de la humanidad. Sí, sutilmente, porque hoy se acepta y se acata sin más el impulso solidario y la ética del cuidado, incluso para con la dimensión ecológica, sin tomar en cuenta su base trascendente de cuño religioso: para que el 'cuidado de sí' se ampliara y plenificara en el 'cuidado del otro'

tuvo que mediar el peso racio-cordial de la palabra revelada por el Dios Persona de la tradición judeo-cristiana, muy especialmente en la palabra del Hijo que consolida definitivamente el *ordo amoris* que jamás debió ser descuidado ni ultrajado.

Una sociedad que no opte en sus prioridades constitucionales, programáticas y ejecutivas por una ética social del cuidado es una sociedad que no merece llamarse humana. Si el *ethos* -el lugar, la morada, y también el hábito del hombre- no se hace *ethos* ético signado por el cuidado que efectúa y fortalece el *ordo amoris*, no sólo habremos involucionado lastimosamente como humanidad sino que habremos abortado la posibilidad de salvar a las futuras generaciones que ya caminan a nuestro lado, y con ellas a nosotros mismos. Vale recordar estos conceptos elocuentes de suyo: las personas somos *co-eúntes*, gente que camina junta, pero además "somos *trans-eúntes*, gente que busca el más allá yendo con los demás"⁶.

Inés Riego de Moine

Directora

3 Vid. "Salvarlos del flagelo de la droga", en la Sección Testimonios de la presente edición de la Revista Persona, p. 8.

4 Un resumen de ellas se ha expuesto en Comins Mingol, Irene: *La ética del cuidado como educación para la paz*. Tesis doctoral de la Universitat Jaume I, Castellón 2003. Se puede consultar en http://www.tdx.cesca.es/TDX-0223106-115339/index_cs.html.

5 Foucault, M.: *La hermenéutica del sujeto*. Ed. FCE, México 2002, p. 24.

6 Díaz, C.: *Pedagogía de la ética social*. Ed. Trillas, México 2004, p. 137.